



El patrón GOFFREDO PARISE



El patrón

El patrón

GOFFREDO PARISE

TRADUCCIÓN DE JUAN RAMÓN AZAOLA RODRÍGUEZ-ESPINA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Il padrone

Copyright: © 2011 ADELPHI EDIZIONI S.P.A., Milano
www.adelphi.it
All rights reserved

Primera edición: 2014

Imagen de portada
Ministry of Disasters © JULIEN PACAUD

Traducción
© JUAN RAMÓN AZAOLA RODRÍGUEZ-ESPINA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-44-9
Depósito legal: M-34275-2013

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

I

Éste es mi primer día en la gran ciudad en la que he encontrado trabajo. No puedo negar que estoy un poco emocionado, desde hoy mi vida cambiará radicalmente; hasta ayer era un chico de provincias, con las manos vacías, que vivía mantenido por sus padres. Hoy, sin embargo, soy un hombre que ha encontrado trabajo y que de ahora en adelante se procurará el sustento, no sólo para sí mismo, además, empieza ya a pensar en una familia propia y, cuando llegue el momento, en ayudarnos también a vosotros, queridos padres.

Me marché de nuestra ciudad con las cincuenta mil liras que me disteis, las guardaré con cuidado, seguro que no las malgastaré y que siempre recordaré ese sacrificio que habéis hecho por mí. Queridos mamá y papá, cada vez os veré menos, se acumulará el pelo blanco en vuestras cabezas y, poco a poco, la vejez aparecerá en vuestros rostros llenos de esperanza por mí. Lo sé, vosotros me amáis mucho más de lo que yo pueda amaros, pero no es culpa mía, sino de las leyes que así lo quieren para que la vida continúe. Sin embargo, durante este primer día, he pensado mucho en vosotros, en nuestra ciudad, en los abuelos, en las tías, en todas las personas queridas con las que he vivido hasta hoy, y me he conmovido hasta las lágrimas. ¿Sabré estar a la altura de mi trabajo y, en general, de la vida que me ofrece esta ciudad? Creo que sí, pero no quiero decirlo con palabras, quiero demostrarlo con hechos, para que todos vosotros lo veáis y, de algún modo, vuestra vejez se atenúe y se haga más dulce pensando en mi juventud.

Esta mañana me he presentado en la empresa de la que me llamaron. El corazón me latía con fuerza cuando iba por la calle que lleva a su sede. Es una calle pequeña y vieja, como hay

tantas en nuestra ciudad, y me he sentido casi como en casa. ¿Es posible, me he preguntado, que en esta calleja plagada de tiendas minúsculas, de talleres de artesanos, de tabernas y fondas populares, de vendedores ambulantes, surja un edificio de una gran empresa comercial? He encontrado pronto el número 21, el de la empresa, pero he seguido hasta el final de la calle, siempre con la cabeza hacia arriba. En realidad, pensaba, el edificio puede elevarse por encima, muy por encima de la barrera de casas, y, sin embargo, la mirada se queda atrapada por estos viejos e ilusorios muros; tal vez la entrada esté justo en alguno de estos edificios de aspecto uniforme; si fijo los ojos delante de mí o a los lados, y no miro más allá, no me doy cuenta de nada, no veo el lugar que muy probablemente, casi con certeza, me acogerá para el resto de mi vida.

Pensando así, casi por instinto (absurdo instinto que no tiene en cuenta la realidad, sino las esperanzas) he tratado varias veces de erguirme sobre la punta de los pies para poder mirar de reojo más allá de los techos y los aleros de los edificios. Nada, en ningún momento he conseguido vislumbrar el palacio de cristal, así que he vuelto atrás, al número 21.

Era una casa como las demás, de tres pisos, tal vez mejor conservada que las otras, que en cambio aparecían desconchadas aquí y allá, y en muchos sitios blanqueadas por el salitre. Ésta, la del número 21, por el contrario, estaba pintada de amarillo oscuro, con las contraventanas del primero, el segundo y el tercer piso entornadas, como las de una tranquila casa señorial de aspecto deshabitado. La entrada era amplia, con un vestíbulo que evidentemente conducía a un jardín lleno de árboles. No he visto los árboles ni el jardín, pero al fondo el vestíbulo estaba cerrado por una vidriera opaca que dejaba vislumbrar manchas de un verde luminoso y móvil, como ocurre en ciertos jardines botánicos aireados por una brisa fresca y atravesados por vuelos de pájaros.

He entrado en el vestíbulo y he dado unos pasos hacia el fondo; al llegar al pie de una ancha escalera que se abría a la derecha de la gran bóveda, los ruidos de la calle habían

desaparecido completamente, y el lugar estaba inmerso en la penumbra y el silencio. Como había imaginado, del otro lado de la vidriera llegaban murmullos y rumores del follaje, el susurro de una fuente y el cantar y piar de los pájaros, entre los cuales he reconocido enseguida el silbido del mirlo. Me he quedado allí, quieto al pie de la escalera, quizá durante un minuto o dos, y sólo tras ese tiempo me he dado cuenta de que había una mirilla abierta en una pared del vestíbulo, justo frente a la escalera, detrás de la cual ha aparecido un hombre con el cráneo pulido como una piedra. Cuando nuestras miradas se han encontrado, el hombre se ha retirado de la mirilla y ha salido por una pequeña puerta de la vidriera. Como había intuido por el contorno del rostro, grande y potente, dominado por unas cejas negras e hirsutas que arrojaban una sombra oscura sobre sus ojos, el hombre era muy alto y fuerte, y tenía el aspecto de un ex luchador. Podría tener cincuenta años, pero su imponente cuerpo, sólo ligeramente curvo en la espalda, era propio de un atleta todavía en buena forma. Su voz era fuerte, de bajo barítono, y ha añadido una nota de virilidad, por si hiciera falta, a su poderosa figura. Me ha preguntado enseguida qué deseaba; le he dicho que buscaba la sede de la firma comercial y me ha contestado: «En el primer piso». En ese momento se ha inclinado y ha extendido la mano en dirección a la escalera; al hacer ese movimiento, acompañado por el profundo sonido de su voz, ha revelado claramente su verdadera naturaleza, que, como me había parecido entrever en sus ojos ofuscados por la sombra de sus cejas, era una naturaleza simiesca. De hecho, ha intentado sonreír, pero al hacer ese intento, es decir, al querer dotar a su rostro de algo humano, lo que por su intención hubiera debido resultar en gentileza y cortesía, ha aparecido claramente su índole triste y sombría. Sus ojos han reflejado un relámpago de desilusionada esperanza, de inmóvil e inconsciente melancolía, como algunos viejos y enormes orangutanes del zoo.

Se dice de estos orangutanes que están tristes por su estado de cautiverio, por la nostalgia de sus orígenes y de su libre existencia en los bosques. Pero no es verdad. El orangután

se vuelve triste por el largo periodo de adaptación al hombre, por la familiaridad con esos rasgos físicos que tanto se parecen a los suyos, por el deseo oscuro de convertirse en hombre él también. Después de tantos años de mecánica imitación, comienza a intuir los privilegios que hay en ello, los recuerdos ancestrales de la libertad natural en la foresta se desvanecen, y el orangután empieza a esperar un futuro no lejano en el que se suprimirán los barrotes y podrá formar parte de esa sociedad multicolor que desfila ante sus ojos mañana y tarde, y de la que ha aprendido ya todos los gestos y los comportamientos civiles. Como es el más viejo, y por lo tanto el ejemplar de mayor experiencia, empieza a despreciar a los individuos de su misma especie, como si la esperanza fuese a hacerse realidad. Pero con el paso del tiempo la esperanza se desvanece, el orangután se siente físicamente debilitado, intuye que la muerte está próxima y que no tendrá nunca en su mirada esa limpidez y esa profundidad tan atractivas, que sus afinidades somáticas no eran sino una ilusión; se abandona, las cucarachas se multiplican tranquilamente sobre él, ya no acepta nada de cuanto le ofrecen los hombres salvo lo estrictamente necesario para mantenerse con vida; la curiosidad se debilita y tiende a desvanecerse, el trasero se le llena de llagas y él mismo siente que tan sólo le queda la exhibición de la obscenidad de la que tanto se había avergonzado durante sus primeros años en el zoo. En todo eso me ha hecho pensar el portero de la empresa, con su cráneo de piedra, con su mirada y con el movimiento lento y triste de su brazo.

He subido por la amplia escalera hasta el primer piso, a un vasto rellano al que daban tres puertas. Sobre una de esas puertas, la de en medio, destacaba una placa de latón con el nombre de la empresa. He abierto la puerta. Me he encontrado con una gran habitación en penumbra, sencilla, tan sencilla que parecía el locutorio de un convento. Sus paredes estaban pintadas de blanco, el techo era blanco, el suelo de sobrios baldosines grises. No había muebles a excepción de una mesa y de una silla junto a una ventana, en la que estaba sentado un bedel.

Habitación, suelo, silla y bedel se confundían en plena armonía como piezas de una composición de elementos iguales, hechos de la misma materia. La mesa era una mesa cualquiera; de madera muy sencilla; la silla, una silla cualquiera, y el bedel un bedel, cualquiera e inmóvil. Estaba sentado tranquilamente con las manos juntas sobre la mesa, y me estaba mirando; su mirada, si no fuera por una difusa y melancólica distracción, próxima a la abstracción, podía parecer buena; en realidad era estática e inofensiva, como estáticos e inofensivos eran la silla, la mesa y la habitación misma. Por alguna razón me ha venido a la mente la idea de que el hombre tal vez no tuviese lengua, o no tuviese testículos, como los eunucos de los harenes, pero he rechazado inmediatamente ese pensamiento inoportuno y casi impío en mi primer día de trabajo. Quizá ese pensamiento era debido al hecho de que el hombre no hablaba y parecía absorto, no tanto en reflexiones como en una especie de muda concentración vegetativa. Me he acercado casi hasta la mesa y sólo entonces el hombre ha desenlazado los dedos de sus manos, las ha posado abiertas sobre la superficie, como para levantarse con una pequeña inclinación de solicitud y también de respeto; sin embargo, todavía sentado y con una voz tan átona y débil como su cara y su cuerpo, ha dicho:

—¿Qué desea?

He sacado del bolsillo la carta de presentación del agente provincial de la compañía y la he extendido ante mí.

—Estoy citado con el doctor Diabetes —he dicho con voz ligera, y, sin embargo, he oído cómo esa voz resonaba en la habitación claramente como la de un extraño. En realidad el extraño era mi nueva persona, la del empleado de la empresa comercial, la empresa que representaba mi futuro; y la voz resonante era mi ingreso real en ese templo, como si sus paredes y la gran estancia hubieran absorbido ya mis sonidos por una compleja organización acústica, y, de algún modo, ya me hubieran admitido.

El hombre se ha levantado de la silla (era alto y delgado, se tambaleaba ligeramente hacia la izquierda y vestía un traje

de lana oscura que le colgaba por todos lados), ha apartado la silla, rápidamente ha barrido de la mesa con una mano unas migajas inexistentes y, sin mirarme, ha dicho:

—Adelante. —Lo he seguido hacia una puerta acolchada con tela oscura que estaba detrás de mí, al lado de la que había utilizado para entrar. Al seguirlo he puesto la mirada en sus zapatos deformados, cuarteados por el exceso de betún, tan hinchados, torcidos y nudosos que revelaban el molde de dos pies deformes e inadecuados para caminar. De hecho, el hombre avanzaba a pasos rápidos, como para abreviar de ese modo el tiempo que el pie quedaba apoyado en el suelo sosteniendo el cuerpo. He visto que sufría, pero disimulaba ese sufrimiento bamboleándose como si fuera un tentetieso con base de plomo, haciendo que ondeara su chaqueta. Finalmente, ha abierto la puerta, ha esperado a que yo entrase y ha dicho—: Viene enseguida.

La habitación era un saloncito con una butaca acolchada y una mesita baja, como se ven tantas en las consultas de médicos y de dentistas, y recibía una luz gris desde una ventana a la que me he asomado perezosamente. He aplastado la nariz contra el cristal: delante de mí, a pocos metros de distancia, brillaba con todo su esplendor una de las paredes de la empresa, de cristal y acero. Es verdad que, dada mi posición, abajo (en el primer piso), y el pequeño marco de la ventana, no podía divisar ni los últimos pisos ni los lados. En compensación podía ver con gran precisión todos los detalles de un sector de dos pisos, las estructuras de acero que lo sostenían, los pernos alineados a lo largo de la división entre los pisos, el interior de las oficinas, los muebles, a los empleados y las empleadas, unos sentados y otros de pie junto a sus mesas; los techos luminiscentes que se perdían en la inmensa perspectiva de los departamentos administrativos. Luego he mirado hacia abajo: a la altura del suelo del saloncito en el que estaba, una gran cúpula de vidrio espeso y opaco unía el viejo edificio con el nuevo. Como había sospechado, la empresa mantenía la dirección en la vieja casa en la que me encontraba, seguramente por respeto a la tradición, mientras que las secciones

administrativas y comerciales se desenvolvían en la nueva sede que tenía ante mí. La cúpula de vidrio cubría el jardín, o una parte del mismo, de las miradas indiscretas de los empleados. ¿Pero podían asomarse a las ventanas los empleados? En un impulso de curiosidad infantil, que hoy me daría vergüenza, he buscado el pestillo de la ventana: quería abrirla, asomar la cabeza y echar una mirada rápida y vertiginosa hacia el vértice del edificio y después retirarla inmediatamente. He encontrado el pestillo, he echado una mirada alrededor (como si eso bastase para estar seguro de que nadie entraría en el saloncito, cuando una puerta cerrada por fuera siempre puede abrirse de par en par) y he abierto la ventana. He sacado la cabeza al vacío y durante un instante he contemplado, reluciente bajo el sol, la sede de la empresa al completo. He colmado mis ojos con ese resplandor y he retirado la cabeza apenas a tiempo de advertir la presencia de un hombre pequeño y grueso que me miraba sonriendo, en tono de suave y afectuoso reproche.

—¿Te gusta, eh? —me ha dicho tocándome el brazo con una mano—. Vamos, vamos, cierra.

Yo también he sonreído, y me he apresurado a cerrar la ventana, pero sus estructuras, evidentemente poco acostumbradas al uso, resistían con un largo y penoso chirrido; he intentado cerrarla por segunda vez, pero el chirrido se ha repetido con más fuerza, quizá a causa de una resistencia imprevista que se había insertado en los goznes, entre el marco y la jamba. Lo he vuelto a intentar, inútilmente, y el hombre grueso se ha impacientado.

—Trae aquí, déjame a mí —me ha dicho, ya sin sonreír, y, apartándose con un movimiento rápido, se ha aproximado a la ventana. Ha abierto del todo las dos hojas y luego, con ojo rápido y experto, ha examinado en toda su longitud el punto de encaje. Ha pasado por encima una mano ligera y prudente, hasta que la ha retirado y con un gesto nervioso ha cerrado las dos hojas, que se han acoplado perfectamente.

¡Qué cándida y qué absurda es la inexperiencia sobre la propiedad ajena! El doctor Diabetes sabía lo que yo no sabía

precisamente por haber superado ese viejo y ahora ya inútil concepto.

—Soy el doctor Diabetes y, como sabrás, dirijo el departamento de exportación —me ha dicho, sonriendo de nuevo—, pero tú ¿cuántos años tienes?

—Veinte —he contestado.

Me ha dado una palmadita en la mejilla y ha retomado la conversación. Estaba de pie y yo lo miraba de arriba abajo.

—Leí la carta del agente provincial, pero no hacía falta. Aunque él no lo sepa, o no se acuerde de mí, conocí a tu padre en tiempos mejores..., digamos, distintos. Y estás aquí gracias a ese conocimiento: hablé con el agente, te mencioné aquí, en la empresa, hace algunos meses, y me he mantenido en contacto con la delegación provincial, he hecho expedir el telegrama y yo, en persona, le he hablado de ti al doctor Max, al que ahora verás.

En este punto del discurso sus ojos brillaban de afectuosa complacencia. Él también era feliz y yo no podía menos que conmovirme por mi destino. Inmediatamente, desde el primer encuentro, ¡una persona declaraba querer dedicarse a mí! Veía que mis ojos brillaban y, rápidamente, me ha dedicado una caricia:

—¿Estás contento? ¿Estás contento porque vas a ver al doctor Max?

—Estoy confuso, contento y confuso. Pero, dígame, ¿quién es el doctor Max?

Ante esta pregunta, Diabetes ha sufrido un imprevisto ataque de tos, durante el cual sus ojos se asomaban y volvían a meterse en sus órbitas como si fueran los de una rana; ha tirado el cigarrillo que tenía en la mano, lo ha pisoteado varias veces con sus pequeños zapatos brillantados y puntiagudos, tratando inútilmente de hablar.

—¿Que quién es? —Tosía—. ¿Cómo que quién es? —Tosía con la lengua fuera, mientras un hilillo de baba le caía hasta el suelo—. ¿Me preguntas quién es? —En este punto, tras un largo bramido durante el cual me ha hecho el gesto de que le

acercase la butaca para sentarse, cosa que he hecho inmediatamente, me ha explicado, siempre con gestos, que convendría que le golpeará la espalda. Se ha sentado, le he dado algún golpecito y la tos ha cesado de repente. Diabetes me miraba balanceando la cabeza y respirando lenta y profundamente, con una mano abierta hacia mí, como diciéndome que esperase. He esperado. Después de un rato, cuando su respiración se ha calmado, Diabetes ha vuelto a hablar.

—Fumo cuarenta cigarrillos al día y estoy enfermo. ¿Por qué me empeño en fumar? Pero a ti qué te importa eso. Nada. —Ante el desconcierto, no he contestado—. ¿Cómo que quién es? ¿No sabes quién es el doctor Max?

He contestado que no.

Tal vez Diabetes se ha percatado de pronto de la simplicidad e ingenuidad de mi voz: me ha dirigido una dulce sonrisa de compasión y, con voz baja y clara, subrayando cada palabra con un movimiento de la cabeza, ha susurrado:

—El doctor Max es el patrón.

De pronto me he preguntado cómo es posible que un dueño, y en particular el dueño de aquella empresa comercial, pueda ocuparse de hechos tan pequeños como mi probable, e incluso casi cierta, admisión; dónde encontraría el tiempo y el interés para ello. Se lo he preguntado también a Diabetes. He visto una pequeña nube de ofensa pasar ante sus ojos, como si mi frase, de algún modo, hubiese hecho que disminuyera su cargo en la empresa.

—Ante todo, el doctor Max es mi amigo, y yo podría ser su padre; en realidad, lo trato como si fuese un hijo y, debo decir la verdad, también lo quiero un poco como tal. Es sólo un muchacho. Tan sólo tiene algún año más que tú.

Le he preguntado cómo un hombre tan joven podía ser dueño de una empresa como ésa.

—En realidad no es el dueño; el dueño es su padre. Pero el padre es viejo, muy viejo, está casi siempre cazando ballenas, así que el patrón es él. Es él quien se ocupa de los proyectos comerciales, es decir, del departamento más importante de la

empresa. Los otros departamentos, que ocupan algunos pisos de la nueva sede, funcionan casi todos solos y no tienen necesidad del patrón. Están formados por empleados más o menos iguales sobre los que el ojo del patrón puede vagar como si se tratara de una sola persona: son los administrativos, mecánicos y, en general, todo el aparato de la facturación y de la venta a crédito. Porque una cosa es producir y otra cosa es vender, o sea, transformar los productos en ganancias. La importancia de esa diferencia, y por lo tanto del departamento al que por suerte vas a ir a parar, la aprenderás por ti mismo, frecuentando al doctor Max. Es nervioso, como verás, pero es bueno. Ya le he hablado de ti y quiere conocerte. Me tiene en buena estima y escucha todo lo que le digo. Por eso lo verás hoy. Pero de eso hablaremos más tarde, ahora vamos a mi despacho.

El despacho era una pequeña habitación con dos escritorios pegados el uno al otro. Las paredes estaban cubiertas por estanterías polvorientas, y toda la habitación estaba rebosante de periódicos. También el escritorio de Diabetes estaba repleto de pilas tambaleantes de periódicos, tras las cuales él se ha sentado con un suspiro. Sólo entonces he visto a un hombre joven con grandes gafas sentado ante el otro escritorio, que estaba completamente despejado. Me ha mirado de reojo y, con esa mirada, me he dado cuenta enseguida de que quería dar fe de mi extrañeza ante el despacho. Diabetes me ha presentado y el empleado, alargando su mano para estrechar la mía, ha sonreído prolongadamente, como si con esa sonrisa deseara transmitirme un mensaje que no quería que fuera advertido por Diabetes. Luego se ha sentado y ha seguido con su trabajo.

He echado un rápido vistazo a lo que hacía: estaba dibujando algo con una regla y una escuadra, muy lentamente; a menudo borraba con una goma la línea que acababa de trazar, y luego soplabla con fuerza sobre lo borrado para quitar de en medio los restos de goma.

—Tropía es muy ordenado, al contrario que yo —ha dicho Diabetes, dirigiendo su mirada hacia mí, que seguía en pie junto a su escritorio.

Pero su mirada se ha extraviado y la frase ha quedado suspendida en el silencio. El silencio se ha mantenido en la habitación durante algún tiempo, quizá, porque Diabetes estaba reuniendo sus pensamientos sobre mí; yo he mirado por la ventana a la gran calle llena de tráfico. Finalmente, Diabetes ha descolgado un teléfono y ha preguntado por el doctor Max. Después de una pausa, con voz imprevistamente alegre y con aire de bromear, ha dicho que yo estaba allí, a su disposición. Luego ha cambiado otra vez de cara, se ha vuelto serio y casi triste, y ha posado el auricular.

—He hablado con el doctor Max —ha dicho gravemente—. He conseguido una cita esta tarde. ¿Ves lo que hago por ti? No lo olvidarás...

Incómodo por la presencia de Tropía, que había sonreído ante esa frase, le he contestado que no.

—Ahora vendrás a comer conmigo. Estás invitado. Yo te invito. Después de comer iremos a ver la habitación que te he buscado cerca de aquí. Porque también me he ocupado de buscarte una habitación. ¿Dónde has dejado tu maleta?

—En el hotel —he contestado.

—¿Por qué en el hotel?

—Porque no suponía que fuera a incorporarme así, inmediatamente.

—Entonces es que tenías poca fe en mí. ¿No lo decía claro el telegrama?

—Sí, pero yo no lo conocía.

—Basta, basta, ya lo entiendo. De todos modos, si te gusta la habitación, irás al hotel a recoger la maleta. No hay mucho tiempo que perder. Ahora nos iremos. Ya es mediodía. Quedan pocos minutos para que finalice el trabajo, pero si quiero, yo puedo salir un poco antes. Yo no tengo que fichar.

Estas últimas palabras las ha pronunciado Diabetes en tono muy alto y casi provocativo de cara a Tropía, que no levantaba la mirada y se limitaba a sonreír de un modo vago y soñador.

He vuelto con Diabetes a la sala anterior, en la que el hombre de los pies deformes seguía inmóvil, con las manos

entrecruzadas sobre la mesa. Hemos bajado por la escalera (desde la mirilla del vestíbulo, nos ha lanzado una mirada el portero del cráneo de piedra; ha observado sobre todo a Diabetes, y luego algo que había sobre su cabeza, tal vez un reloj) y hemos salido a la calle.

He comido en casa de Diabetes, con él, su mujer y su hija. Por muchos pequeños detalles me ha parecido entender que Diabetes no quiere ni a su mujer ni a su hija, y que, en general, las considera una carga. La esposa es una mujer pequeña y nerviosa que nos ha salido a recibir con mil atenciones y requiriendo novedades sobre la salud de su marido. La hija se ha mostrado también muy afectuosa, pero, ya sea porque Diabetes me ha conducido inmediatamente a su despacho sin hacer caso de la actitud acogedora de las dos mujeres, ya sea porque en el breve trayecto desde la entrada al despacho no ha hecho otra cosa que lamentarse del desorden de la casa y de la poca consideración que se le tiene en la familia, no me ha dado tiempo a verla bien. Me ha parecido una niña igual a muchas otras, tal vez debido a mi debilidad y superficialidad de observación a causa de la gran confusión de este primer día en la gran ciudad.

Ante mis ojos se han sucedido rostros desconocidos, he tenido que tomar con Diabetes un trolebús y dos tranvías, y ese vaivén me ha trastornado un poco. Sin embargo, me ha dado tiempo a ver otros edificios acristalados y otras empresas, grandes casas de varios pisos, calles anchas y llenas de tráfico, y sobre todo, a una multitud de personas como no había tenido ocasión de ver en toda mi vida. Cuando hemos llegado a la casa de Diabetes, un gran edificio lleno de terracitas minúsculas a las que mujeres y niños se asomaban para esperar a los maridos y padres que aparecerían poco después por la esquina donde paran los trolebuses, la cabeza me daba vueltas. Me he alegrado cuando se ha dirigido a pasos rápidos y autoritarios hacia su despacho sin hacer caso ni a la mujer ni a la hija, que lo seguían con ojos ansiosos y llenos de culpa. Me he sentado en la butaca que me ha señalado, y así he podido calmar mi pensamiento y posar mis ojos sobre la gran biblioteca que se alzaba tras

él. Quizá también Diabetes estaba cansado, ya que, después de iniciar un discurso con estas palabras: «El doctor Max...», ha inclinado la cabeza y me ha parecido que se quedaba dormido.

He aprovechado ese sopor para dirigir el pensamiento hacia mis padres; seguramente en ese momento ellos también pensaban en mí: mi madre mirando mi sitio vacío y mi padre diciendo: «Ahora ya es un hombre y está bien que se haya ido por su cuenta a ver el mundo. No está nada mal que haya encontrado un puesto de trabajo, esa empresa comercial que le ofrecerá un porvenir seguro. Ten presente que nuestro hijo es inteligente, fuerte, y tiene voluntad, sabrá abrirse camino mejor que muchos otros. Piensa en cuando seamos viejos, yo ya no trabajaré y mi pensión será tan mísera que no nos permitirá ni siquiera tener una casa como la tenemos ahora; él se ocupará de nosotros como nosotros nos hemos ocupado de él todos estos años. Gracias a él, tendremos una casa y el bienestar de una vejez tranquila. Quizá podamos, por primera vez, permitirnos el lujo de hacer algún viaje, e ir al mar o a la montaña, como más nos guste. Moriremos tranquilos, sin preocupaciones económicas y, sobre todo, en una casa, y no en un asilo en el que, seguramente, nos separarían al uno del otro. Sin él, ¿cuándo nos podríamos permitir todo eso?».

Estos pensamientos que atribuía a mi padre y a mi madre me reforzaron en la convicción de mi inmensa suerte; estaba listo para presentarme por la tarde con dignidad y firmeza para ofrecerle toda mi persona a la empresa comercial.

Pensando en todo ello he mirado a Diabetes, que dormía profundamente. Me he preguntado cómo podía dormir con todos aquellos ruidos: de las paredes, del techo y del suelo de la habitación surgían voces alegres o excitadas que se hacían sentir claramente. Eran en su mayoría voces de hombres, de los cabezas de familia que habían vuelto a casa poco después que nosotros y que ahora colmaban el edificio con sus discursos. Contaban a las mujeres y a los hijos cómo había ido el trabajo en sus empresas esa mañana, relataban sus relaciones de trabajo con los colegas, con los superiores y con el patrón.

La voz del cabeza de familia del piso de arriba estaba llena de entusiasmo; contaba con alegría cómo había descubierto a un nuevo cliente en un lejano pueblo de montaña: el cliente, desconocedor de otros modos de hacerlo, había comprado al contado una cierta cantidad de un producto sin saber nada de facilidades de pago por aplazamientos. El cabeza de familia contaba luego cómo había vuelto a la empresa con el dinero en la bolsa y lo había volcado directamente sobre el mostrador del departamento de clientes, justo en el momento en que el representante del dueño estaba entrando de muy mal humor. El cabeza de familia se esperaba buenas noticias para esa misma tarde, y estaba tan impaciente que su mujer lo ha interrumpido en un momento dado para obligarlo a tomar un comprimido de Distonium. El cabeza de familia debe haberse tragado el comprimido de Distonium, porque, durante un momento, no se ha oído su voz, aunque muy poco después se ha puesto a hablar de nuevo con alegre energía. La mujer intervenido otra vez y las voces se han alejado. Las otras voces, la del piso de abajo y la del apartamento contiguo al de Diabetes, se oían limpiamente, pero yo había concentrado mi atención sólo en las del piso de arriba, y así me he perdido las otras conversaciones. Durante el instante en que el cabeza de familia de arriba se ha tragado la píldora de Distonium, me ha parecido entender que en la familia de abajo las cosas no iban tan bien como en la de arriba, hasta el punto de que la mujer, en un momento dado, debe haberse puesto a llorar, porque el cabeza de familia ha dicho esta frase, la única que me ha llegado claramente al oído durante la pausa: «Pero, Luciana, ¿por qué lloras? No es culpa mía, te juro que no es culpa mía».

Todas estas voces juntas, que hoy oía por primera vez, me han dado la dulce sensación de formar parte de una comunidad, de una colectividad laboral a la que había permanecido ajeno hasta la edad de veinte años. Esta sensación, que nunca había experimentado, es muy bonita, se parece un poco a la que se tiene en el cine cuando en una buena película todos los espectadores sienten la misma emoción en su corazón, en su

razón y en sus sentidos. Me ha conmovido también profundamente y me ha hecho soñar con que un día yo también tendré una casa como la de Diabetes, una mujer y un hijo, unos vecinos que oirán mi voz y los relatos de mis éxitos comerciales en la empresa, como yo podré oír los suyos. Y aunque no quiero pensar demasiado en ello, ya se sabe que cuando se desea mucho una cosa, y todos los esfuerzos de un hombre se dirigen a ese fin, se acaba por obtenerla.

Diabetes me ha apartado de esos pensamientos cuando ha empezado a hablar:

—¿Has visto a ese Tropicía que te he presentado? No durará mucho, te lo digo yo. Es un recomendado, y al doctor Max los recomendados no le gustan. No me extrañaría que tú ocuparas su puesto. ¿Sabes quién lo ha recomendado? El padre del doctor Max. Figúrate.

—Pero el padre del doctor Max es el dueño, así que...

—Precisamente, precisamente por eso. ¿Y tú te crees que el doctor Max, que es joven, aceptará a uno que le impone su padre? Ya verás cómo no dura mucho. Y tiene razón. En la empresa no se necesitan recomendados, sino gente que tenga verdaderas cualidades, como espero que tengas tú. Por eso te he protegido desde el principio, en cuanto el agente comercial me ha hablado de ti. Así tendré una doble razón para quedar bien. Primero, porque Tropicía no vale nada; segundo, porque a través de ti le ofrezco la ocasión al doctor Max de sustituirlo y de demostrarle a su padre quién es el auténtico dueño de la empresa. Finalmente, tú vienes de la provincia, estás lleno de curiosidad ante los descubrimientos del mundo moderno, justo esa curiosidad que en mí se está apagando; posees la humildad y el agradecimiento propios de las poblaciones rurales aisladas, y, sobre todo, eres joven, jovencísimo, casi un muchacho. Todo lo que hago por ti, lo hago de corazón, sea por los buenos recuerdos que tengo de tu padre, sea porque me caes simpático. Ten bien en cuenta lo que te he dicho, porque tus cualidades coinciden con las requeridas, y no es poca cosa. Ocasiones de ese tipo se presentan raras veces en la vida de

un hombre. Así que, atentos al asunto, ¿entendido? Y ahora vamos a la mesa.

Y diciendo esto Diabetes se ha levantado de la butaquita en la que estaba sentado y me ha tomado del brazo para guiarme hacia el pequeño comedor en el que esperaban su mujer y su hija. La mujer se ha levantado de inmediato, ha corrido a la cocina y ha vuelto con una sopera humeante. Diabetes se ha servido el primero, ha probado la sopa y ha hecho el gesto a su mujer de que podía servirme:

—Mi mujer siempre está enferma, así que en cierto modo es una carga considerable, pero es una cocinera muy buena. Prueba esta sopa y ya verás.

He probado la sopa y le he hecho los cumplidos pertinentes a su mujer, que seguía de pie. Ese exceso de celo ha irritado a Diabetes, que le ha ordenado sentarse. Entonces la mujer se ha sentado y también se ha servido, pero la última. Sin embargo, mirándola bien, he observado que en su rostro no había expresión alguna de mansedumbre ni de sumisión, sino solamente un nerviosismo superficial y mecánico que, en un primer vistazo, he juzgado como el origen de todos sus males. Hemos conversado acerca de muchas cosas; yo he descrito a mi familia y la ciudad donde he vivido hasta este momento, y las primeras impresiones recibidas de la gran ciudad. Diabetes ha reconvenido varias veces a su hija porque, por lo que he entendido, tiene malas notas en la escuela y él se ve obligado a darle clases por la tarde en lugar de ocuparse de las relaciones comerciales procedentes del extranjero que el doctor Max le confía personalmente.

Al final, después del café y de una copita de licor que no he podido rechazar, Diabetes me ha enseñado la casa. Me ha hecho ver la cocina reluciente con sus muebles metálicos, blancos y brillantes como los de un quirófano; después, el dormitorio con sus muebles de madera fina, y, finalmente, hemos vuelto al despacho, donde me ha enseñado cómo funcionaba cierto mecanismo mediante el cual de la butaca en la que yo me había sentado salía una cama para la niña. He

El joven narrador de esta divertidísima novela llega a una gran ciudad para trabajar en una peculiar compañía situada en un palacio de cristal de techo puntiagudo. El director es el doctor Max, un excéntrico personaje, melancólico, neurótico e iracundo, que dirige su empresa con complejos mecanismos psicológicos basados en una premisa muy sencilla: todos los empleados son objetos de su propiedad, cuestión que el protagonista comprende desde el comienzo: «Mi felicidad me parecía precaria, pero ahora se va consolidando. Lo que me hace feliz por encima de cualquier otra cosa es haberme convertido en propiedad del doctor Max».

En torno al doctor Max aparecen personajes propios de una fábula clásica; su padre, el doctor Saturno, a quien busca reemplazar como jefe de la empresa; su madre, la doctora Uraza, y su prometida, Minnie, quien se expresa con sonidos onomatopéyicos. Asimismo, el doctor Max cuenta con la ayuda de Lotario, el portero, quien administra al joven empleado unas dolorosas inyecciones cuya finalidad desconoce, y de otros empleados igual de fieles, como el doctor Bombolo, Pluto y Goofy.

El patrón es una fábula sobre cómo los seres humanos pueden devenir en objetos al servicio de las empresas, que se comportan como si fueran entidades con vida propia. En este extraño microcosmos dirigido por el doctor Max a través de una mezcla de reglas exóticas y despotismo, el protagonista atestigua su propia transformación hasta convertirse en una simple parte de una maquinaria de gran tamaño que se mantiene funcionando bajo la condición de utilizar a los seres humanos como si fueran partes desechables e intercambiables.

«Libro de especial belleza, de originalidad sólo comparable a *La vida agria* de Bianciardi».

A. ZANZOTTO

«Parise, escritor de la sexualidad, es un intérprete privilegiado de los sentidos, de los movimientos internos del cuerpo: olores, secreciones, tacto».

La Stampa

